



Obituario de don Rodrigo

Ha fallecido don Rodrigo Fernández Salas, sacerdote. Inmediatamente viene a la mente el punto primero de Camino porque en él se ha cumplido exactamente: «Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. -Deja poso. - Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor...».

Ha fallecido un hombre fiel. A Dios, a la Iglesia, a su vocación al Opus Dei, un hombre fiel a sus amigos. Don Rodrigo tenía multitud de amigos, todos los que se acercaban a él, aunque fuera por primera vez, pasaban a considerarse sus amigos. Tenía la virtud de saber querer porque tenía la capacidad de aceptar a cada persona, -el vería hijos de Dios-, como era.

Junto a don Rodrigo se estaba bien, uno se encontraba como en familia, siempre aceptado. Tras cualquier conversación, íntima o desenfadada, el resultado era siempre la ilusión o la esperanza. Porque enseñaba a reírse de uno mismo, a descubrir que, más que los defectos y errores, lo realmente importante era disfrutar de la libertad de ser hijo de Dios. Y siempre tenía tiempo para los demás, su despacho en Tajamar, mientras pudo andar, estaba abierto las 24 horas del día. Se podría decir que su proyecto personal éramos los demás.

Don Rodrigo tenía el don de consejo. Acertado, prudente, fácil. Nunca se recibían recetas prefabricadas. El don de saber aconsejar lo adecuado a la situación y, -lo más difícil-, a la persona. Sus propuestas desarmaban por la sencillez, por la claridad; y - muy de agradecer- se percibían posibles, hacederas.

Si la libertad pudiera significarse en una persona, ya sabemos su nombre: Rodrigo Fernández Salas. Y no es exageración. Con él se aprendía realmente a hacer las cosas «porque me da la gana», como decía San Josemaría, al que quería profundamente. Grabada a fuego en su alma tenía la convicción de que sin libertad no se puede amar a Dios ni servir a los demás.

Consecuencia de lo anterior, la sinceridad, una de sus palabras preferidas. En él era mucho más que evitar la mentira, era sinceridad vital. Solía decir, - ¡cuántas veces lo



habrá repetido! -, ser sinceros con Dios, con nosotros mismos y con los demás. Sinceridad que vacunaba contra el orgullo o la vanidad porque llevaba inmediatamente a pedir perdón. A Dios, en el sacramento de la confesión - ¡a cuántos miles de personas habrá absuelto! -; y a los demás: cuantas amistades, cuántos matrimonios, mantenidos por haber aprendido a pedir perdón...

La alegría de la entrega siempre en su rostro. Don Rodrigo era alegre por temperamento, pero, sobre todo, por convicción. Era un hombre que amaba apasionadamente el mundo, al que nada humano le era ajeno. Este era su modo de alabar a Dios: disfrutar de lo creado, difundir la alegría de que Jesucristo se ha hecho hombre como nosotros. Quizá por esto atraía su compañía, porque era un hombre, un sacerdote, con los pies bien puestos en la tierra y con la cabeza bien metida en el cielo.

¿Tendría sinsabores y contradicciones? Seguro que muchos, porque era hombre que sabía amar. Pero, elegantemente, nunca hablaba de sí y cuántas veces supo dar un capotazo para no ser el centro de atención. Esto solo es posible si, a su gran fortaleza, anclada en la seguridad de hijo de Dios, «nunca pasa nada, y si pasa ¿qué importa?» como solía decir; sumamos una personalidad excepcional.

Si él pudiera leer estas palabras seguramente diría, con su sonrisa franca: «ya será menos...» Así era, un gran portador de humanidad que llevaba a los demás a Dios en las cosas del día a día.

Se le puede aplicar lo que decía San Pablo en la Primera Carta los Corintios: «Se hizo todo con todos para ganarlos a todos». Ayudó, silenciosa pero eficazmente, a cambiar el Puente de Vallecas con esa revolución que está llamada a permanecer: para cambiar la sociedad, cambiar a las personas. Testigos somos miles de alumnos y antiguos alumnos de Tajamar y sus familias. Descanse en paz un hombre de paz.

Francisco Andrés del Pozo
Antiguo Alumno 9ª promoción
Director Bachillerato Tajamar 1991-2016

